

EL MENTALISTA

—Señor, míreme a los ojos,
y ahora cuente hasta veinte,
luego piense en lo que quiera
y, piense usted lo que piense,
yo lo voy a adivinar
con el poder de mi mente.
(Qué curioso, no oigo nada,
pero ¿qué es lo que sucede?
Esta mente está vacía,
esto sí que es mala suerte.
¿Cómo he elegido al más tonto
entre tantísima gente?)

—Probemos con la señora
de la fila diecinueve.
Piense en qué le gustaría
que algún día le ocurriese.
¿Un premio de lotería?
¿Una casa? ¿Unos pendientes?
¿Dar la vuelta al mundo acaso
con su esposo del bracete?
(Dios mío, no quiero oírlo.
Fuera, fuera de mi mente.
¿Cómo puede alguien querer
que ocurran cosas tan crueles?)

(Me parece que he empezado
a adivinar realmente,
tras tantos años fingiendo,
lo que esconden vuestras mentes;
y lo que he visto ahí adentro
me está volviendo demente
y por no oírlo querría
pegarme un tiro en la frente).

Señoras y caballeros,
escuchad atentamente,
no intentéis saber jamás
qué cosas tienen en mente
las personas que os rodean
tan apersonadamente.
Es mejor vivir, advierto,
pues... inadvertidamente
y andar siempre de espaldas
para que os vengan de frente.